

Al margen

Gustoso me presté a presentar "Retratos españoles (bastante parecidos)", ganador del premio Espejo de España al alimón con "Trigicomedia de España", de Emilio Romero. Al hablar de ese mocete de 85 años que es Giménez Caballero, quien —por coincidencia muy de Planeta— es, con Romero, el escritor más controvertido del país, éste por su escarpado de muy seguro zahorí, si aquí por lo apodictico de sus insólitos emparejamientos histórico-literarios.

La ocasión de añadirle el retrato que me daba hecho el propio retratado, desde hace la friolera de 51 años —en nuestra "hélix", con tropiezos de censura— y que sigue vigente desde entonces. Hablo del Giménez contemplativo, si no místico, y constreñido a la acción, desde que le tocó lo de Annual y el consiguiente "Cartas marruecas de un soldado" le valdría la cárcel (Américo Castro, su maestro, consiguió devolverle al lectorado en la Universidad de Estrasburgo). Partidario del as de bastos, heráclita incapaz de sostener mayo peso que un libro o papeles, desde su aventura de "La Gaceta Literaria", portavoz de todas las vanguardias, generación del 27 incluida, promotor de la primera exposición del Libro catalán (5.000 títulos) en Madrid y del diálogo interpeninsular de las culturas, europeo e interoceánico también, creador del primer cine-club de España. Docente innovador —rubeniano "profesor de energía"— con sus plásticas síntesis cuajadas en los "Carteles" (en que pudo beber Max Ernst con sus collages) y en el afortunado y polémico "Genio de España". Etcétera.

Con el cinismo de los tímidos y el arrojito de los medrosos y dubitativos, "danzante de la política" le llamó cariñosamente Ramiro Ledesma, en cuántos fregados no se habrá metido, siempre dando la cara y jugándose el tipo, nuestro Gecé; siempre saliendo con bien, prudentes eclipses ayudando. Cuántas vocaciones sigue despertando, cuánta iniciativa. La importancia de llamarse Ernesto, sí.

M.

En unos tiempos en que se "descubre" y reivindica la "novela urbana", en que por eclipse de héroes y heroínas, las ciudades y su vida diaria son cada vez más los verdaderos protagonistas literarios, siendo en todo caso héroe o antihéroe el anónimo "flâneur" del que habló Walter Benjamin, nada tiene de extraño que Berlín sea el tema por excelencia de una "novela urbana": "El saltador del muro", de Peter Schneider.

Peter Schneider
"El saltador del muro"
Traducción de Juan J. del Solar
Editorial Anagrama
124 páginas
Barcelona, 1985

La ciudad por la que pasa la línea divisoria del mundo —materializada en el Muro que, con la Gran Muralla China, es "el único monumento terrestre que se puede ver desde la Luna"— tiene todos los ingredientes necesarios para construir no una, sino varias novelas: conflicto, seducción, decadencia, actualidad, significación política y social, esquizofrenia, tragedia (la de Europa después de Yalta)... y también una fina ironía, propia de quien ha visto mucho mundo sin moverse de casa. Pocas capitales europeas han vivido en este siglo, en tan vertiginosa sucesión, tantos acontecimientos como Berlín: el derrumbamiento del frágil imperio colonial alemán; el caso del prusianismo; la I Guerra Mundial y la caída del Kaiser; las barricadas espartaquistas de 1919; el caos financiero de la República de Weimar y la explosión de la libertad sexual (como se ha visto en una reciente exposición retrospectiva, en Berlín ya había movimientos gay y feministas en los años 20); el ascenso del nazismo y su derrota (que casi redujo la ciudad a un montón de escombros); la partición en cuatro sectores; la revuelta popular en Berlín Este en 1953, sangrientamente aplastada por los soviéticos; el bloqueo de Berlín Occidental y el "puente aéreo", al comienzo de la "guerra fría"; la construcción del Muro en los años 60; y, en fin, la revuelta estudiantil del 68, el terrorismo del grupo "2

de Junio" en los 70, y el movimiento alternativo y las ocupaciones de casas en los 80... todos estos últimos acontecimientos en el Oeste pues, por definición, en Berlín-Este "nunca pasa nada".

A una historia y actualidad tan ricas se añade cierta "tradición" de Berlín como tema literario, desde las bellísimas estampas de "Infancia en Berlín" de Walter Benjamin (Alfaguara), hasta el clásico "Berlín Alexanderplatz", de Alfred Döblin (Bruguera), pasando por "Adiós a Berlín" de Christopher Isherwood (Seix-Barral), en la que se basó la película "Cabaret". Tradición que enriquece ahora "El saltador del muro" de Peter Schneider, al tomar como sujeto, más que la ya mitológica ciudad, su más característico monumento actual: el Muro. Sobre el que proyecta una mirada sin dramatismo: la de los berlineses de los 80, tanto la de quienes se han resignado al Muro, como la de los jóvenes —punks y alternativos a ambos lados— que han nacido después de su construcción. A fuerza de tenerlo ante sus ojos, los berlineses han perdido de vista ese monumento a la ingominia. A fin de cuentas, y gracias a la ostpolitik (que tanto nerviosismo produce en Moscú y Washington), hoy se puede ir en metro de un Berlín a otro, de un mundo a otro, sin más trámites que los propios de cualquier frontera (aunque un poco más rígidos).

Clásico y contestatario

No es extraña la elección del tema, ni el tratamiento sin dramatismos, teniendo en cuenta la trayectoria de Peter Schneider, uno de los más destacados narradores



Peter Schneider

alemanes actuales. Del izquierdismo sesentayochista al Muro de Berlín y al libro sobre el Renacimiento que prepara actualmente, la obra de este escritor que, nacido en Lübeck en 1940, se instaló desde muy joven en Berlín Occidental para evitar el servicio militar, tiene un pie en la más candente actualidad y otro en la mejor literatura clásica. Desde su primera novela, "Lenz" (1973; traducción en Anagrama, 1976), best-seller juvenil que expresaba las ilusiones, desengaños y tentaciones (incluida la terrorista) de la generación "contestataria" del 68 (la suya), rindiendo a la vez tributo, desde el mismo título, al clásico "Lenz" de Georg Büchner (hay traducción en Montesinos, 1981).

Las posteriores obras de Peter Schneider, "Ya eres un enemigo de la Constitución" (1975; traducción en Montesinos, 1982), y "La arena en los zapatos de Baader" (1978), junto con su actividad como ensayista y polemista político, más el guiño de la película "El cuchillo en el agua", continuaron demostrando que es posible abordar temáticas "políticas" sin bajar la guardia literaria, transcribir sin cortapisas "el estado de las cosas" sin caer en el panfleto o en la dog-

mática e insufrible "literatura comprometida". El Peter Schneider que, en un reciente congreso en Venecia de escritores europeos y americanos, puso el dedo en la llaga, al señalar que es paradójico que en Europa occidental se defiende más ardientemente el derecho a la libertad de Chile, Nicaragua o El Salvador que el de los pueblos europeos que viven sojuzgados tras el Telón de Acero, permanecía fiel al Peter Schneider rebelde del 68. Así pues, ¿qué mejor tema que la prueba física, en cemento, alambradas y reflectores, del Telón de Acero realmente existente, el Muro que hace pasar la frontera del mundo por medio de una ciudad?

Yalta para siempre

Cuando dos berlineses —de ambos lados o del mismo— se encuentran, ¿de qué hablan, cuál es la trivialidad más socorrida, además del tiempo? Se cuentan historias del Muro. Como algunas que Schneider recoge en "El saltador del Muro". Historias tan recogidas como la de Herr Kabe, empujado en saltar el Muro de Oeste a Este, por puro capricho, hasta

convertirse en serio problema para las dos Alemanias; cada vez que Kabe saltaba, las autoridades del Este, ellas mismas convencidas de que hace falta estar loco para franquear el Muro en dirección inversa a la habitual, le internaban en un manicomio... pero las facturas las pagaba la RFA. No menos regocijantes son historias como la de los tres adolescentes del Este que saltaban el Muro cada semana para ir a ver superproducciones de Hollywood al otro lado, regresando luego a sus casas por el mismo funambulesco camino. O como la del organizador de dos falsas redes de espionaje a la vez en las dos Alemanias.

Anécdotas que se insertan en un relato de mucho más alcance: la colección de historias, el vaivén (por la vía legal) del narrador a uno y otro lado del Muro, trazan un agríndice mapa del Berlín de hoy. Desesperado, si no fuera porque ni siquiera se cree en la desesperación (y en esto Schneider y su ficticio narrador son plenamente ciudadanos de los 80). Pues el Muro une y separa a los habitantes de una misma ciudad, quienes, pese a hablar la misma lengua ya no comparten los mismos significados. No se trata ya de maniqueísmos ideológicos ni antagonismos políticos, sino algo más grave: un creciente e imperceptible distanciamiento entre los alemanes de ambos lados. La más artificial de las fronteras triunfa: el Muro se ha interiorizado; por eso el Muro material ya casi ni se ve. Y si el Muro físico, pese a sus alambradas, vopos, casamatas, ametralladoras automáticas y minas, aún se puede saltar (o cruzar por los pasos autorizados), el Muro interior, el de los malentendidos, el de una misma lengua que se babeliza a consecuencia del reparto del mundo en Yalta ("yaltización"): propuesta de neologismo para expresar la esquizofrenia de una Europa mutilada), ese terrible muro se hace cada vez más insuperable. "El saltador del Muro" de este modo cobra valor universal, deviene lamento por la Europa que pudo ser y no fue, que se aleja cada vez más. El "sueño europeo" —de tolerancia, de diálogo, de pluralidad, de apertura a lo Otro— sigue estrellándose contra un muro, contra el Muro.

JUANJO FERNANDEZ

Letras sobre las letras

El Bordas

En la última semana de marzo se ha celebrado en el Grand Palais de París el V Salón del libro francés, con la exhibición de los libros de un millar largo de editoriales y el complemento de un sinfín de mesas redondas, coloquios y análogos que han reunido a una docena de millares de escritores francófonos. Porque de francófonos, de una punta a otra del mundo, de Canadá al África negra y alguna remota isla del Índico se trataba. No extraña que el "clou" de la fiesta haya sido la culminación de esa obra de romanos, galorromanos si preferís, que son los tres tomos del "Dictionnaire des Littératures de Langue Française" (Bordas), ese insuperado libro de libros que, bajo la triple dirección de un Beaumarchais (J.-P. de), un Rey (A.) y un Couty (D.), y con el socorro de 250 especialistas (que firman 2.200 artículos), no dejan escritor en olvido, sea cual fuere su época o su nación y examinan por menudo no menos de 17.000 obras (al margen de los "dossiers" dedicados a los autores mayores). Escritores, claro está en lengua francesa como ya lo indica el título del Bordas por antonomasia. Quiere ello decir que junto a la Sagan hallaréis a un poeta normando del siglo XV, un quebequés y otro de la isla de Reunión, media docena de alemanes, otros tantos o más iberoamericanos y algún hispano (¿Junoy, Larrea?). Pero en vano buscaréis a Mistral, Amade, Josep Sebastià Pons, de no haber puesto también en francés sus poesías en vernáculo. Lo cual, vaya por delante, no debiera sorprender donde, hasta llegar al manual de literatura española del maestro Rubió y Lluch y superfla-

tivamente con la magna historia de las literaturas hispánicas derigidas por Díaz-Plaja, oficialmente no había más literatura española que la escrita en castellano.

Guillén, último

Al cabo de los años de la muerte (1953) de Juan Guerrero Ruiz, el bien llamado cónsul general de la poesía española, se han descubriendo unas películas que, con una cámara Pathé Baby, tomó de sus compañeros de generación, la mal llamada del 27: el cubano Chacón y Calvo y Pedro Salinas, en Torre Vieja, éste, Guillén y Melchor Fernández Almagro, en el paseo de Recoletos; Alberti, Manolito Altolaguirre y Fernando Villalón en la Cibeles, poco antes de la operación que llevó a la muerte al poeta de "La Toriada"; Cernuda en los jardines del Alcázar sevillano; Dámaso y Guillén en una azotea; el propio Juanito Guerrero con la familia, en su Murcia... Rescatadas del olvido por Rafael Zarza, esas interesantes películas de aficionado fueron montadas en una que pasaron en vídeo a Jorge Guillén en su retiro de Málaga. Y que al vallisoletano inspiró el último poema que escribiera, poco antes de su último invierno, el del pasado año. Remitido a la espléndida revista "Poesía" (que para el Ministerio de Cultura dirige Gonzalo Armero), acompañándolo de tiras de dicha película ésta le da autógrafeo en su último número. Así es ese último poema que bajo el título "Misterioso", compusiera el anciano maestro: "Pasa el 'vídeo' misterioso / vuelve el pasado en movimiento, / y el instante insignificante / llega enseguida a conformarnos. / ¿Y por qué? Porque significa. / No cruzan su flujo y su tiempo, / frente a nuestros ojos

atónitos, / sin arrastrarnos a lo inmenso, / ese impulso que es esencial. / Contra mareas, contra vientos, / y jamás contacto con Nada. / Nada irreal que es siempre un sueño, / y la gran verdad nos oculta: / el vivir del amigo muerto. / ¿Cómo? Salinas. Me emociono. Es él y todo el universo".

Nada nuevo, desde el "miles" de Plauto

El militar profesional, llevaba cuarenta años sin una guerra que echarse a los dientes. Como en el buzzatiano "Desierto de los tártaros", la prolongada, inútil espera de un enemigo que no acaba de presentarse, al soldado le desmoraliza, los músculos pierden elasticidad, se debilita la vista y ya no hay quien quiera o pueda interpretar los cada vez más descoloridos mapas tácticos. Por suerte quedan esos "levantinos", o aquellos "negros", emperrados en perfilarse una nación, de modo que la ONU pueda mandar, para que no se entredevoren, a sus providenciales cascos azules. Y ahí de los nuevos cesáres, a quienes la ocasión va que ni pintada par relatarlos su aguerriada acción de paceros, su labor civilizadora.

Vaya de muestra el reciente "Un soldato italiano in Libano" (Rizzoli), donde el general Franco Angioni, jefe del contingente pacificador allá enviado, señala emocionado la fecha en que se pone en marcha la operación, el entusiasmo con que la administración ferroviaria italiana, estacional, le suministra convoyes par el traslado de tropa y material hasta el embarco en Brindis. La fecha histórica del 19 de agosto: "Finalmente anch'io sono in uniforme da combattimento..." Y páginas después, "tout passe, tout lasse", la

navegación de regreso, divido el ánimo entre la alegría de volver a casa, la satisfacción del deber cumplido y la tristeza de abandonar tan memorables lidos: "Vendevamo Beirut allontanarsi. Tutto il personale era sul ponte, in silenzio, ognuno con la mente affollata di pensieri". La amargura de tener que guardar, ¿hasta cuándo?, el guerrero casco que asegure la paz entre terceros.

Los Diez Mandamientos

No aludimos a una superproducción a lo Cecil B. De Mille sino al muy oportuno libro que dos periodistas católicos, Michele Cenamo y Franco Vando publican con el título "Dieci cardinali spiegano i Dieci comandamenti" (Rizzoli), y que naturalmente viene con tapas de rojo cardenalicio. Cada uno de esos diez principios de la Iglesia —dos de los cuales son de Iberoamérica, africano otro— explica con palabras llanas el correspondiente mandamiento del Decálogo, sin meterse en honduras escolásticas. Al más anciano, el nonagenario cardenal Confalonieri, corresponde explicar el precepto de santificar las fiestas, y el comentario más extenso —este, sí, con mucha casuística— es el que al sexto mandamiento dedica el cardenal Palazzini. No casualmente, el de "no robar" se ha reservado al cardenal Ursi, arzobispo de Nápoles, aquella que los ocupantes norteamericanos gratificaron con carteles de "Ciudad de ladrones". Aunque el prelado no habla sólo de rateros y estafadores; entiendo, por ejemplo, que quien carece de vivienda y en vano la busca, tiene derecho a saber que aquel que posee dos casas, y una de ellas mantiene vacía, vio-

la el séptimo mandamiento. No menos bien elegido está el cardenal-arzobispo de Milán, Martini, para tratar del quinto, cuando últimamente terroristas menos o más arrepentidos lo han solicitado como interlocutor. Para el cardenal milanés, la prohibición se circunscribe a aquellas formas de dar muerte "ritenute allora come socialmente dannose ed in tal senso "illegali", excluidas por consiguiente la pena de muerte —donde subsista— o la muerte de un adversario en guerra, pero no el aborto —en general— ni la eutanasia.

Se acogen al precedente de Cervantes

Lo ha leído en la norteamericana "Star", y lo cuenta Tomás Cuesta, en su brillante sección de "ABC": John Hinckley, el hombre que casi liquida a Reagan y a quien salvó de una grave condena

en consonancia al veredicto de locura, o de enajenación momentánea, lleva años escribiendo el que, a buen seguro, constituirá un "best-seller": "El día que disparé contra el Presidente". Y comenta el colega: "Luego será de ver si un día enajenado da para disfrutar toda una vida cuerdo". A lo que, líneas después, añade una noticia no menos chusca: "En Carabanchel, sin ir más lejos, uno de los internos, violador reiterado y célebre, tiene a punto un guión basado en la figura del diplomático evasor con el que compartía el menú del cautiverio. Palazón leyó el original y otorgó, al parecer, su visto bueno. Intramuros se cuenta que también prometió que algún día aportaría el dinero necesario para llevar a la pantalla el singular proyecto". Cunde la aprensión de que, ante casos tales, o apelando a precedentes ilustres, desde Genet y la Sarrazin al gran Cervantes, más de cuatro jóvenes escritores anden estudiando la manera de ganarse esas becas de Estado.

MINISTERIO DE TRABAJO Y SEGURIDAD SOCIAL SECRETARÍA GENERAL PARA LA SEGURIDAD SOCIAL INSTITUTO NACIONAL DE LA SEGURIDAD SOCIAL LISTA DE OPOSITORES ESCALA DE PROGRAMADORES DE INFORMÁTICA

Se comunica a los aspirantes que presentaron solicitud, en esta provincia, para tomar parte en la oposición destinada a cubrir 20 plazas de la Escala de Programadores del Cuerpo de Informática de la Administración de la Seguridad Social, que la lista definitiva de admitidos y excluidos se encuentra expuesta al público en la Dirección Provincial del Instituto Nacional de la Seguridad Social (INSS), Avda. San Antonio M.ª Claret, 5-11. Lo que se informa según Resolución publicada en el "B.O.E." de 1 de abril. Contra esta resolución se podrá interponer Recurso de Alzada ante el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, de acuerdo con lo establecido en el artículo 122 de la Ley de Procedimiento Administrativo.